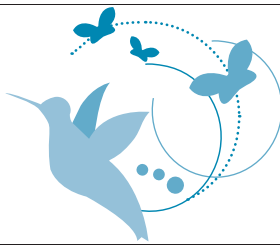


LA EFEMÉRIDE



Hace 44 años (1967)

Jimi Hendrix (1942-1970) prende fuego a su guitarra en el escenario, durante el festival de Monterrey.



Nureyev y su pirueta hacia la libertad

ÓSCAR CABALLERO
París
Servicio especial



El martes pasado, el espíritu de Rudolf Nureyev (Unión Soviética, 1938-París, 1993) flotó en el salón Florence Gould de la Ópera Garnier, de París: *El artista y la libertad* fue la excusa para convocarlo, en vísperas de que se cumplieran, ayer, cincuenta años de su desertión en París del ballet Kirov, de Leningrado.

Brigitte Lefèvre, 67 años, directora de la danza de la Ópera, cuyo ballet es hoy uno de los primeros del mundo gracias en parte a Nureyev, animó el encuentro con el peso de quien entró al cuerpo de baile en 1963 y desde 1995 lo dirige.

Pero la vida del artista la recreó la crítica de danza Ariane Dolfuss, cuyo *Nureyev, el insumiso* es la biografía más documentada "del niño pobre de Siberia, ducho en bailes folklóricos pero

Ayer se cumplieron cincuenta años de su desertión a París, tras abandonar el ballet Kirov de Leningrado

que no conoció la danza clásica hasta sus 17 años", edad proveya para comenzar, y que, sin embargo, "se convirtió en el mejor bailarín de todos los tiempos y en el coreógrafo, que desempolvó *Giselle*, *Romeo y Julieta* y otras coreografías clásicas".

Medio siglo más tarde, el escándalo del aeropuerto de Bourget, cuando se supo que la estrella del ballet de Kirov había obtenido asilo político en Francia, suena a prehistoria, con la guerra fría como marco.

"¿Por qué Rudolf Hametovich Nureyev, tártaro de familia musulmana, abandonó aquella URSS en la que era un privilegiado? En principio, porque llegó a París gracias a que el primer bailarín del Kirov había sufrido un accidente. "A Nureyev le habían quitado el pasaporte a causa de su mala conducta".

En cualquier caso, apenas refugiado en Occidente, como se decía por entonces, firmó un primer contrato con el Ballet del Marqués de Cuevas. Y de la noche a la mañana se transformó en estrella mundial.

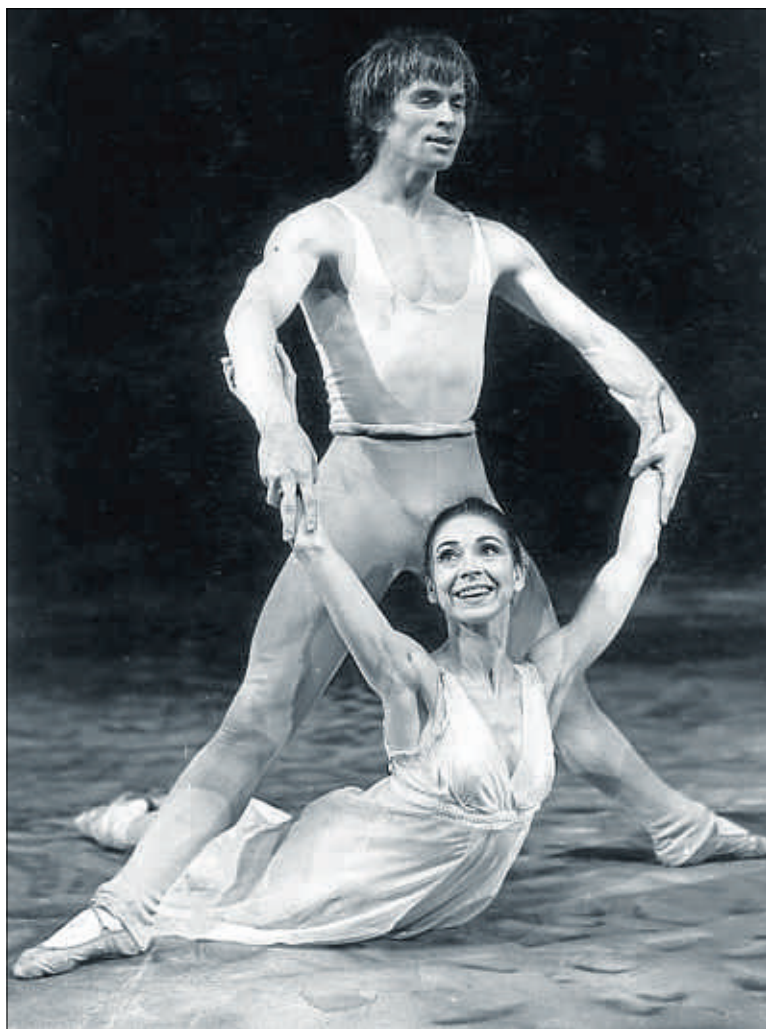
Después, dos encuentros fundamentales: con Margot Fonteyn, que sería su pareja ideal de baile, y con un bailarín diez años

mayor que él, Erik Bruhn, su pareja en la vida.

Pero el hombre que desafió al poder soviético no cambió tras la pirueta con la que saltó la mayor frontera de la época. En cine -Rodolfo Valentino en 1976 bajo la dirección del polémico Ken Russell-, danza moderna, comedia musical -*El rey y yo* en Broadway-, su talento disimuló sus carencias. Y sus caprichos. Y desde 1983 hasta 1989 marcó para siem-

pre la danza clásica -y tendió puentes con la moderna como director de la Ópera de París-.

Millonario, mundano -Mike Jagger, Jacqueline Kennedy, Warhol fueron sus amigos-, "Nureyev fue sobre todo ese bailarín -concluyó Dolfuss-, despedido por una formidable ovación cuando bailó por última vez en Garnier, en 1992, un año antes de su muerte, víctima del sida contraído en los primeros 1980".●



VICTOR BLACKMAN / GETTY IMAGES

Estrella. Nureyev, arriba, baila con Margot Fonteyn en el Covent Garden (1969). Abajo, en Nueva York, en marzo de 1974



MEDIOS

CRÍTICA DE TV



Sergi Pàmies

Indignación a la polaca

Jueves por la noche, TV3. *Polònia* tuvo que cambiar sus contenidos con urgencia para adaptarse a la actualidad. Dilema: ¿pitorrear-se de los hechos del parque de la Ciutadella y arriesgarse a ser interpretados como elementos banalizadores, o defraudar a su clientela y traicionar una trayectoria omnívora de ridiculización? *Polònia* optó por adaptarse a la realidad y enfrentarse a las contradicciones de un oficio que, igual que el de policía, también debe asumir los principios de proporcionalidad, oportunidad y necesidad.

¿Qué clase de contradicciones? Tener que repartir estopa entre los personajes habituales (políticos fácilmente identificables y con rasgos caricaturescos consolidados) y el sector más violento de los indignados (sin identidad definida y parodiados al por mayor). El reparto polaco no habrá satisfecho a nadie. Los políticos tienen derecho a pensar que, por justicia y jerarquía representativa, no se les puede meter en el mismo saco que a los radicales. Y si continúan mostrando la misma adicción a la intransigencia reactiva (de palabra o de hecho), los indignados aludidos tampoco aceptarán el trazo apresurado de su caricatura.

Dificultad añadida: la proximidad y la gravedad de los hechos del 15-J contaminan una perspectiva más relajada. Por ejemplo: el espectador tiene derecho a pensar que los bates de béisbol quizá deberían repartirse entre los manifestantes en lugar de mantenerse como seña de identidad de un Govern que, en la práctica, pecó más de impotencia que de contundencia. Resultado: la coherencia con los principios de la actualidad satirizada obligó a introducir gags de una comicidad opinable si la comparamos con otros platos fuertes del menú (el casting para posibles candidatos a presentar *Els matins de TV3*, con Martí Anglada, Tomàs Molina y Albert Om, o la parodia de *El castor* interpretada per un Montilla hiperdepresivo).

En este caso, puede que la dependencia de la actualidad rebajara el nivel de comicidad del programa (sobre todo respecto a las expectativas) pero, a cambio, reforzó sus principios. En otra dimensión de los dilemas que plantea la oportunidad del humor aplicado a la realidad, hay quien considera que la pertinaz caricaturización del *Polònia* contribuye al descrédito general de la política y a debilitar los protocolos del respeto.

De eso también trató *Banda ampla* (TV3), que exprimió la pregunta: "Es pot fer broma sobre qual-sevol cosa?". El debate, sin embargo, se centró casi íntegramente en el *Polònia* e impuso una óptica excesivamente autorreferencial. Toni Soler y Manel Lucas, acostumbrados a someterse a este tipo de tribunales, defendieron su propuesta con una mezcla de cansancio, resignación y perplejidad. *Polònia* lleva tantos años en la parrilla que las quejas ya forman parte del universo del programa.

Quizá ha llegado el momento de que los guionistas incorporen a la escaleta las variedades de "por alusiones" y la diversidad de cosas imposibles que se les exige (hasta el extremo demencial de exigirle cualquier cosa menos que haga reír, que es lo único que se le debería pedir). Con los años, constato una anomalía: mucha gente es más exigente con el *Polònia* que con los políticos votados (o que con los indignados). Y, para ser justos, quizá deberemos concluir que la ficción humorístico-polaca ha actuado con más responsabilidad política que la realidad parlamentaria, extraparlamentaria y gubernamental.

Los bates de béisbol quizá deberían repartirse entre los manifestantes más indignados